



CAPÍTULO V.

INTENTO DE MOISÉS EN EL HEXÁMERON.

ARTÍCULO I.

Hipótesis del obispo Clifford. — Respuesta á sus tres principales argumentos. — El Hexámeron es poema sublime, pero histórico y real. — Los santos Padres vieron en el Hexámeron orden histórico. — Los Escolásticos no dudaron del plan efectivo. — Juicio sobre la opinión de Kurtz. — Adán recibió revelación de las obras por su orden, Moisés inspiración de repararlas en días.



fin de cortar de raíz las dificultades que suelen oponer los enemigos de la Biblia á la narración de Moisés, y con el propósito de ahorrar á los católicos el trabajo de discurrir interpretaciones nuevas para defenderla de los tiros de la vana ciencia, ha sido propuesta en estos años pasados una teoría, cuanto halagüeña sencilla, que presume dar en tierra con las baterías más temibles. Toma por fundamento que el primer capítulo del Génesis no contiene la narración histórica de los días de la creación; júzgale himno dedicado á las obras de Dios, motete religioso á las perfecciones divinas, dedicatoria y prefacio á la historia del linaje humano, que tiene su comienzo allá en el versículo 4.º del capítulo II. La traza de Moisés, según esta sentencia, fué ofrecer á la piedad de los judíos, en la memoria de la creación, motivo para consagrar al culto divino los días de la semana y vivir apartados de las costumbres idolátricas de los

egipcios. De esta manera no hubo de tener en cuenta el divino escritor la correspondencia de los días con las obras criadas; bastóle á los seis días semanales señalar sendas obras divinas, y, hecho esto, mandar á los israelitas que celebrasen la memoria de ellas, dando loores al eterno Criador; ni fué menester más orden real ni más conveniencia entre los sucesos que en todo el capítulo se narran. Con este freno pensó, dicen, el santo profeta tener á raya y alentados á los suyos, y libres de la perversión egipcia, que consagraba los siete días de la semana á los siete planetas, adorándolos por dioses. En suma: quiere la moderna hipótesis que el primer capítulo del Génesis no sea histórico, sino meramente poético; que los días sean lógicos y hechizos; que no concuerden con las obras que festejan; que la semana mosaica no guarde orden con los hechos de la creación; en una palabra: que esta sublime introducción no forme parte esencial del Génesis ni del Pentateuco, y por necesaria consecuencia, que las dificultades que pudiera ofrecer su interpretación hallen pronta y fácil respuesta y se den por ningunas y fenecidas. Así el varón docto y excelente en el ingenio, el ilustrísimo Sr. Clifford, obispo de Clifton en Inglaterra¹.

¹ Dublin Review, Apr., 1881.

No son pocos ni vacíos de ciencia los artículos que este tema ha traído á pública luz en libros y revistas, en pro y en contra. Los argumentos que por la parte afirmativa suelen formarse, redúcense á tres cabezas: primera, el capítulo del Génesis es himno litúrgico; segundo, no contiene la narración histórica de la creación; tercera, los días de la semana estaban dedicados, en tiempo de Moisés, á siete deidades planetarias.

Notemos, antes de proseguir, que en tal coyuntura ha venido esta teoría, cuando los nuevos descubrimientos van mostrando más fácil cada día la conciliación de la ciencia con la Biblia; en día tan especial amaneció, que los sabios más avisados abrazan el Génesis con himnos de reconocimiento: y en circunstancias tan propicias, desautoriza la Biblia por halagar la curiosidad de los descontentos, dar alas al racionalismo hurtando el cuerpo á la palabra de Dios, despedazar el libro divino entregándole á la liviandad de pensar, parece, sobre cobardía, intempestivo temperamento.

El primer capítulo de la opinión que discutimos es ser éste del Génesis un himno litúrgico. Que sea poesía la pintura de la creación, y no vulgar, sublime y de la más remontada y magnífica que ha salido de pluma de escritor, ninguno osará negarlo. Entre todos los poemas compuestos por el humano ingenio, no hay dos que rayen tan alto como el libro de Job y el primer capítulo del Génesis, que son al par antiquísimos entre los que en el día de hoy poseemos. ¿Que ingenio ha igualado á Moisés en la sublimidad del pensamiento y en la sencillez y brevedad de la locución? Una obra que se fraguó en larga serie de años sumarla en seis actos, es concepto elevadísimo, que sólo cabía en mente de hombre inspirado de Dios. Proponer al Sumo Criador por dechado de los hombres en el

descanso y en el trabajo, es idea sublimísima, que á ningún ingenio mortal se ofreció sino al incomparable Moisés. Ver en esta divina epopeya al Señor de cielos y tierra enderezar su palabra á seres inanimados, y ellos obedecer prestamente, y salir de los abismos de la nada, y brotar luego plantas, y nadar peces, y volar aves, y poblarse la tierra de animales sin cuento, y, en fin, erigir su cabeza el hombre descollando sobre todos, y ellos rendirsele sumisos, y contarle por amo y natural señor; ¿hay poema que hable tan alto? ¿Qué es toda poesía con esta poesía? ¿Qué puede el estro humano contra el estro divino?

Excusada diligencia es buscar ritmos, cadencias, estribillos en este drama. Algunos literatos han querido descubrir en él formas líricas: no necesitaba Moisés socorrer su riquísima vena con atavíos postizos. «Este capítulo, dice el sapientísimo P. Pianciani, aunque no osaré asegurar que fué escrito en verso, tiene resabios de poesía, necesaria tal vez para el intento. Habla Dios á criaturas que carecen de sentido, y ellas oyen y obedecen su voz. ¿En qué lengua, dice aquí san Agustín, apostrofó Dios á la luz, á las tinieblas, á la noche? ¿En hebreo, en griego, en latín, ó en otra cualquiera? En Dios no hay más que entendimiento puro, sin ruido y variedad de lenguas¹. ¿No es acaso poesía ver Dios la luz y las otras obras, y aplaudirlas bañado de gozo, como el artífice á su artefacto? Si tenemos reparo en llamarla poesía, poco va en el nombre: el colorido, cierto, por decirlo así, la frase de este capítulo, parece correr fuera del estilo común, y es cosa tan ajena de la historia y de la crónica, cuan extraordinarios son y variados los sucesos que en él se cuentan².» Hasta aquí el P. Pianciani. Si de poético que-

¹ De Genes. ad litt., l. 1, cap. x.

² Cosmog., § xi.

remos calificar este relato, deberemos confesar que es poesía sin saltos pin-dáricos, viveza de estilo sin arrebatos líricos, arrogancia de figuras sin vuelos poéticos, lozanía de imágenes sin desorden y sin espumosa elocuencia; y antes plácida y simple explicación de grandes acacimientos, orden admirable de conceptos, elección de palabras prudentísimas, encumbrada llaneza de narración, que hace singular contraste con los fragmentos poéticos, como en el mismo Génesis ¹ las palabras de Lamech á las mujeres, la imprecación de Noé ², los discursos de Isaac y Jacob ³, y otros hermosísimos himnos y cantares escritos por el propio Moisés ⁴.

No le debe nada en poesía el Hexámeron á ningún poema, por grandioso que sea. Aun autores hay que han barruntado en él un himno de reconocimiento, tomada la imagen del diluvio de Noé. Hizo Dios un castigo general en los hombres desatando las cataratas celestes, y sepultando en las aguas la humanidad entera; mitigada la saña del Altísimo, la luz penetró en la atmósfera, las aguas se juntaron aparte, la tierra quedó en seco, los vegetales retoñaron, los astros lucieron, los animales se propagaron por campos desiertos, el hombre salió del arca y cundió la estirpe humana. Pues los hombres que esta catástrofe presenciaron, reconocidos á tanta franqueza de la divina bondad, acordaron solemnizar la obra de la creación primera, convirtiendo en canto sagrado sus sentimientos, y transmitieron á sus descendientes el himno de acción de gracias ⁵.

Parécida á esta es la exposición pro-

¹ IV, 23.

² IX, 25.

³ XXVII, 27-40.

⁴ D. Fr. J. CAMINERO MUÑOZ: *Manuale Isagog.*, sect. I, cap. XIII.

⁵ *Revue des questions scientifiques*, 1833, p. 151.

puesta por el Dr. Bernhard Schœffer, significando que Moisés no hace más que renovar una tradición antigua, cuanto el hombre. Según este doctor, Adán, estando en éxtasis, tuvo inteligencia de la fábrica del mundo, que se le representó como en seis retablos, unos á continuación de otros; pero esa representación sucesiva no se corresponde con el orden real de la producción de las cosas; es una noticia intelectual, á manera de visión profética de altísimo grado, muy por encima de las ciencias naturales. Así discurre este doctor.

Entremos en el segundo fundamento que esfuerza la opinión arriba explicada, y de camino daremos cabida á las respuestas que piden estos reparos que acabamos de indicar. ¿El Hexámeron es canto litúrgico meramente, ó comprende en hecho de verdad la historia de la creación por su orden y circunstancias? El ser himno tradicional, ¿impide que exprima la verdad histórica? El servir de preámbulo á la Sagrada Biblia, ¿deroga á que se le considere parte principal inspirada por Dios?

Primeramente, no hay autor, juicio ó cristiano, que apoye ó apruebe la consagración litúrgica que esta opinión supone. Grandísimo fué el trastorno causado por la escuela de Orígenes cuando dió en el vicio de interpretar el Génesis, pues no hallaba solución á las dificultades, en sentido alegórico, haciendo caso omiso del literal. Los Padres combatieron y castigaron con increíble vehemencia este sistema, requiriendo á lo sumo que ya que quisieran los origenistas batallar por el sentido figurado, no repudiasen desdenosos ni se despreciasen de admitir el literal ó histórico. Los doctores católicos, que tomaron la defensa de la creación sucesiva por amoldarse mejor á la letra del texto, considerando cada día mosaico compuesto de tarde y mañana,

en cada uno vieron ejecutada una obra, y cumplidas las seis, remataron el séptimo con el descanso del Señor. ¿Pues qué visos de verdad hubieran ellos y los Padres antiguos descubierto en las palabras de Moisés, á no haber acaecido las cosas por el orden que se relatan? ¿Cómo hubieran osado probar el tieso y temple de sus plumas en tan frívola y pueril causa? ¿Cómo habían de empeñar su honra en lucha tan mal segura?

Además, guarda Moisés en su narración un concierto maravilloso, que más asombra á los doctos cuanto más atentamente contemplan el orden y disposición de todo el libro. El plan del Génesis no puede ser más divino; consiste en establecer y demostrar cómo Dios escogió un pueblo particular en cuyas manos depositar la revelación de sus altísimos misterios, y en cuyo seno mantener vivo el culto de la verdadera religión. Para desenvolver este designio dos cosas hace Moisés: trae siempre delante de los ojos el pueblo fiel, y pasa de prisa y volando sin parar un punto sobre las familias que no hacen al caso. Así refiere primero la elección del pueblo fiel ¹, contando la historia del linaje humano hasta el patriarca Abraham, en cuya descendencia habían de ser benditas todas las gentes. Después que tiene elegido al hombre, camina siempre adelante, separando esta familia de las restantes y pasando por ellas prestísimo hasta que el pueblo de Jacob se ha formado y ha crecido en Egipto á la sombra de los Faraones. «Este procedimiento de eliminación, dice Vigouroux, es muy de notar en todo el discurso del Génesis ².» Á Moisés todo se le va en redoblar con increíble prisa los pasos, trayendo sobre ojo el fin principal que pretiende. Ya en el primer capítulo, prosinuada la creación del cielo y de la

tierra, hace pausa en ésta y elimina los astros, y si luego vuelve á mentarlos, es sólo en razón del servicio que á los hombres habían de prestar. En la historia de Adán prescinde de la familia de Caín; en la de Noé deja atrás la línea de Set, menos Noé; en la de los hijos de Noé excluye á Cam y á Jafet; en la de Taré descarta las que no componen la familia de Abraham, y así por su orden, sólo toma asiento en la familia de Jacob, haciendo ningún caso del resto de la humanidad.

Cuando, pues, describe la creación de las cosas anda muy despierto y cuidadoso en mostrar la dependencia que tienen de Dios las criaturas, y la obediencia y rendimiento que deben á su soberano señorío. Por eso repite treinta y tres veces el nombre de Dios en el capítulo primero hasta el versículo cuarto del segundo, y en el segundo no se harta de llamarle Señor por veinte veces, para indicar de lejos que va en busca de un pueblo que le adore y ame, y para avisar que excluye de su pluma á los que no le sirven y honran. Por esta misma causa, después de narrada en el primer capítulo la historia de la creación, pasa en el segundo á discurrir sobre la historia de la humana familia ³. Este primer capítulo, es sin género de duda el fundamento de todo el Génesis y aun de toda la Biblia: y así no pudo el Sr. W. Clifford juzgarle por composición completa en sí y totalmente distinta y apartada de lo que se sigue.

Además, la serie de cosas narradas por Moisés se tiene por verdadera sin linaje de controversia; pónela ante nuestros ojos Moisés con minuciosa puntualidad, cual si en los suyos se hubiera verificado. ¿Cónoció esta sucesión de cosas por revelación, por tradición ó por inspiración divina? Lo

¹ XI, 26.

² *Manuel*, I, p. 265.

³ KAULEN: *Einleitung*, p. 157.—CORNELLY: *Curs. S. Script. Intr. spec. in V. Test.*, 1887, p. 7.

que no se explica sin revelación particular, ó sin revelación tradicional, es cómo pudo aseverar el estado de la tierra, y escribir aquel misterioso *inanis et vacua*, que nadie acierta á comentar dignamente, antes de la formación de los seres¹. Siendo perfectísima la consonancia entre palabras y hechos, y éstos imposibles de adivinar, y llana la letra en su sentido real, debemos concluir que el Hexámeron es el plan histórico de la creación, dividido en seis partes llamadas días, en forma de himno religioso, en que á grandes pinceladas figura el inspirado profeta cada cosa en su lugar, con sus nativos colores, sin bajar á ínfimos particulares, á la manera ni más ni menos que un poeta cristiano celebraría en verso sagrado las obras de la creación que por la fe ya conoce.

Confirma esta conclusión la autoridad de san Gregorio Niseno, eruditísimo en ciencias humanas y en la noticia de las Sagradas Letras. «Habiendo Dios, dice, hecho muestra de su poder y sabiduría en la constitución de cada parte del universo, fué razón que siguiése un cierto orden, que primero brillase la luz ante todo lo visible, después viniese otra cosa, tras ésta una tercera y una cuarta y quinta, y así las restantes, no por acaso ni con ímpetu desbaratado, sino conforme lo pedía el necesario orden que naturaleza guarda en sus producciones (*ὅτι ἡ ἀναρχαία τῆς φύσεως τάξις ἐπιτηρεῖ τὸ ἐν τοῖς χρόνοις ἀκολουθεῖν*).» Pues de esta misma manera, conforme se produjeron cuenta las cosas Moisés, y filósofa acerca de las instituciones naturales. También con acuerdo y discreción señala ciertas voces del imperante Dios, porque todo cuanto se hizo ordenada y sabiamente es como palabra del Señor. » Esto es de san Gregorio Niseno, en cuyas magníficas expresiones

¹ *Revue des questions scientifiques*, t. xi, 1882, p. 74.
² *In Hexameron libri*.

resplandece la verdad que propugnamos; conviene á saber, que la narración de Moisés describe las cosas con un concierto, no ficticio é imaginado, sino muy conforme á la disposición de las causas reales.

Por igual motivo los santos Padres y Doctores siempre creyeron historia verdadera el Hexámeron, sin que hubiera uno solo que porfiadamente negase el sentido literal; por el contrario, constantemente le estimaron todos, siquiera indirectamente, trabado con los dogmas de la fe¹. De aquí nació aquella división de los seis días en dos períodos, que llamaron los doctores teólogos obras de distinción y obras de ornato, en esta forma. Obras de distinción: el primer día, separación entre luz y tinieblas; el segundo, entre nubes y aguas; el tercero, entre tierra y mar. Obras de ornato: en el cuarto día, el cielo enriquecido de astros; en el quinto, los elementos de aves y peces; en el sexto, la tierra de las bestias². Ó siguiendo la idea de santo Tomás³, recibida por los Escolásticos, aquella distribución de los seis días en dos períodos paralelos entre las obras de formación y las de embellecimiento, colocando en el primer grupo las cosas formadas, y en el segundo las perfeccionadas, en esta manera: en el primer día, la creación de la luz; en el cuarto, la difusión de ella en los astros; en el segundo, la formación de la atmósfera y la recogida de las aguas; en el quinto, los peces y aves; en el tercero, la población de las plantas; en el sexto, la de las bestias que á su sombra y de su substancia vivían. Mas estos dos órdenes de sucesos no los consideraban los Escolásticos de manera separados entre sí, que se realizasen en dos series diferentes y contemporáneamente la una

¹ *La Controverse*, 1882, p. 492.

² *KEIL: Bibl. Comment.*

³ *l. g. lxxi, a. 1.*

de la otra, sino en dos tiempos consecutivos, constante el primero de tres operaciones y de tres intervalos realmente distintos de los tres intervalos y tres operaciones del segundo. Concluamos, pues, con el sabio y muy erudito Hamard: la hipótesis que tenemos entre manos no es poderosa para arrostrar un examen serio y concienzudo⁴.

Por esta pauta podrá avalorarse el mérito de la opinión de Kurtz⁵, que quiso dar á la narración de Moisés la índole de visión profética. Sienta este escritor que ni los hechos acacieron por el orden que en el Génesis parecen delineados, ni ha de pedirse al reparatamiento de los días hecho por Moisés más realidad que lógica é intencional. Porque Moisés, como otro profeta cualquiera, en una visión que tuvo, vió el drama de la creación puesto en escena, y le dividió en seis actos, que determinó apellidar días. Tenida la visión, fué trasladando puntualmente al papel las cosas vistas, por el mismo orden que se le habían representado al pensamiento cuando le fueron reveladas.

«Al empezar la divina revelación, el hombre nada descubre; todo es niebla y confusión. Dice Dios: *Sea la luz, y la luz fué*; y al punto ve el hombre la tierra cubierta de agua; y puede describirnos su primer estado por estas palabras: *la tierra era informe y desnuda, y las tinieblas cubrían la faz del abismo*. Entra la luz en lugar de las tinieblas, y se acaba el primer acto del drama divino, presenciado en visión por el hombre. Levántase el velo otra vez; ilumínase con claridad la vista del contemplativo, y ve cómo Dios divide la masa de las aguas en celestes y terrestres: acto segundo. Alumbrado por tercera vez, muéstrale Dios el vasto continente, juntas las aguas en un solo seno, y la

tierra poblada de plantas: acto tercero. Así los seis actos se suceden, partidamente unos de otros por un intervalo de obscuridad. Pues, ¿cómo podía el historiador apellidar con más acierto estos seis actos que con el nombre de días? ¿Cómo figurar la sucesión de claridad y de luz que correspondía al bajar y subir del velo, sino valiéndose de las palabras: fué tarde, y fué mañana? » Todo esto es del Dr. Reusch en el resumen que hace de la teoría de Kurtz⁶.

Esta forma de explicar los días mosaicos adolece del mismo vicio que la antedicha del Dr. Schœffer, y en parte conviene con la del obispo Clifford. Pero preciso es repetirlo: la narración de Moisés expresa sencillamente los acontecimientos por el orden mismo que acacieron, no de otra manera; en los días de la creación débese establecer diferencia real y verdadera, no lógica é ideal solamente, debiendo bastar por toda razón el echar mano Moisés de la misma diferencia de días para inducir los hombres á guardar la ley del sábado. Los días del Dr. Kurtz son días subjetivos y abstractos, no reales y positivos, cual conviene que sean; y aunque equivalen á seis actos divinos, ó á seis producciones distintas que componen todo el diseño de la creación, todavía estas seis escenas no van marcadas con la marca del tiempo ni llevan consigo señal de principio y fin; tan sólo dan lugar al Vidente para que haga él por sí mismo la distinción. No queremos con esto decir que esa forma de exponer sea del todo inadmisibles, si se atiende á la manera con que otros autores la presentan. El esclarecido Hugo Miller y otros escritores ingleses la han adoptado sin reparo, el P. Pianciani la miraba con respeto y afición, el Dr. Reusch la defende de los tiros enemigos⁷, el P. A. Cas-

⁴ *La Bible et la Nature*, leçon xii.

⁵ *P. CORLIU: Spicilegium*, 1884, t. 1, p. 181.

¹ *La Controverse*, 1881, p. 751.

² *Bibel und Astronomie*, p. 72.

telein huelga de hacerla suya propia de buen grado.

Mas si hemos de decir nuestro parecer y repetir lo que arriba apuntamos, distingamos en el Hexámeron dos cosas muy principales: el orden sucesivo de las obras, y su repartimiento en días. Del orden de las obras parecemos que tuvo revelación, no Moisés, sino Adán, y que Adán pasó la historia divina á todos sus descendientes. Porque á no ser así, ¿cómo leeríamos en las cosmogonías paganas la substancia de las cosas contenidas en el Génesis? ¿De dónde les vino á los pueblos el relato de obras sucesivas, sino de la general tradición? Adán, ilustrado por Dios, entendió la formación de los seis reinos naturales; conviene á saber: el reino elemental, el reino inorgánico, el sidereo, el vegetal, el animal, el humano: y por remate de estas seis clarísimas empresas, conoció y supo cierto que Dios había cerrado con su Augusto descanso el tesoro de sus comunicaciones en el orden natural. Si en este puro conocimiento entendió ser voluntad divina que frecuentasen los hombres con una semana de días los seis grandes beneficios, y que en el séptimo descansasen á imitación del divino descanso, no acabamos de aseverarlo, porque no hay razón para ello. El primer guarismo que el Génesis menciona después de la creación es el siete, por boca de Caín y de Lamec; ¡guarismo elocuente! Algunos otros rastros aparecen, como pronto veremos, en la noche de la gentilidad, que prueban haber sido la división septenaria conocida entre las gentes más antiguas; mas una cosa es la división septenaria y otra la división semanal.

La opinión más común en nuestros días es que á Moisés se debe la institu-

ción de la semana. No recibió él la división de las obras en días. Considerando las muchas cosas criadas, repartiéndolas en seis grupos, señalando su terminación con el descanso del Criador. ¿Quién duda que podía haber dividido las obras en diez, veinte y más secciones? Pero le convenia el número siete para satisfacer al intento de Dios que aquella voluntad le inspiraba. El añadir «fué tarde y mañana», era designio acomodado para señalar partes enteras y separar un día de otro. De manera que el señalamiento de los seis días nada tiene que ver con la creación de las cosas; es una pura clasificación religiosa, no científica ni necesaria. Sin embargo, lo que hace soberanamente memorable y superior á todo elogio esta división, es que los días de Moisés tienen una cierta correspondencia con las épocas geológicas. El primero comprende la era geogénica; el segundo, la azoica; el tercero, los tiempos primarios; el cuarto, el principio de los secundarios; el quinto, la era secundaria; el sexto, la terciaria y cuaternaria. ¡Maravillosa correspondencia!

Gran luz del cielo había menester para llegar á tan escondidos secretos. «Muchos rabinos concuerdan, dice el comentador Bonfrère, en que Moisés recibió de Dios, fuera de la ley escrita contenida en el Pentateuco, la explicación mística de la ley y la inteligencia de todos los misterios ocultos en la corteza de la letra, con orden de comunicársela á los setenta sabios escogidos para conservar la ley y transmitirla de palabra, sin dejarla por escrito». Por manera que, así como Adán fué el primero que alcanzó el orden y sucesión de las obras criadas, á Moisés le tocó ser el promulgador de la ley de los días.

Algunos oponen que la cosmogonía

¹ La première page de Moise, 2^e conf.

² Cap. iv, art. 1.^o

³ Cap. iv, 15, 24.

¹ In Sac. Script. Prologia, cap. xxi, sec. 111.

caldea conmemora los siete días en el número de las siete tablas. No es verdad que sean siete las tablas, sino ocho ó diez, y la séptima comprende la formación de los animales, faltando aún otra tabla que mencione la del hombre. Tampoco es dificultad contra lo dicho la interpretación de los Padres Alejandrinos y de san Agustín, que pensarón haber sido simultánea y de un golpe la creación de las cosas. Porque estos escritores, ya que admitiesen simultaneidad en la creación, reconocían sucesión lógica y orden progresivo en las cosas criadas, como en su lugar se verá, y enseñaban que Moisés las había repartido en grupos sucesivos, cual si con ese orden hubieran existido. Mucho menos hace al caso si Moisés conoció ó ignoró la dicha sucesión, ni si ella era real ó ideal; poco le importaba eso á Moisés para instituir la semana. Lo que le importaba era que la sucesión establecida por él fuese conforme á la condición natural de las cosas; y nadie hasta el presente ha probado que el orden, la grandeza y la relación de las obras no correspondiese á la índole de la creación. Quede, pues, concluido que, presentándonos el sagrado escritor las obras divinas como tipos de las humanas, fundó y promulgó la semana con su sábado sólida y grandiosamente.

ARTÍCULO II.

La semana es institución hebrea. — De los hebreos pasó á griegos y romanos. — Diferencia entre división septenaria y semanal. — Confusión de los escritores en este punto. — Misterio del número siete. — Autoridad de Dion Casio. — Respuesta á la razón de Bossuet.

VENGAMOS al último fundamento de la sentencia de Clifford. La semana, dice, estaba consagrada en Egipto á siete deidades planetarias. ¿Qué verdad histórica contiene esta posición? Ninguna, en nues-

tro concepto; antes al contrario, los paganos, los egipcios en particular, ignoraron el uso de los siete días hasta que hubieron entablado trato con los judíos, y de ellos los aprendieron. Porque Heródoto, que vivió en el siglo v (A. C.), al referir sus viajes hechos por el Egipto y las doctrinas que recogió de aquellos sacerdotes, y las noticias que les oyó, en medio de asegurar que dedicaban los meses del año y los días del mes á sus dioses, á cada uno el suyo, ni por indicios significa que tuviesen conocimiento de la semana. La razón es porque el número siete no era parte alguna de su calendario. El año constaba de doce meses, el mes de treinta días, fuera del último, que era de treinta y cinco; repartían el mes en tres decenas; y cada mes, decena y día consagrabanlos á una deidad particular. De ahí que ignorasen en la práctica qué cosa fuese la semana; y es arbitrio mal fundado atribuirselá á ellos, cuando más bien es de origen judío. Los judíos, después que se desterraron de Palestina, así como hubieron entrado en relaciones amistosas con Roma, y extendiéndose por Grecia y por el Asia Menor, y asentado escuela en Alejandría, propagaron la noticia de la semana religiosa que ellos usaban con su sábado solemne. Especialmente los judíos alejandrinos dejaron en todo el Egipto sembrados y arraigados los estilos que se guardaban en la policía del pueblo de Dios; con que fácilmente de allí se derramaron por el mundo civilizado. Y si se llaman egipcios los judíos alejandrinos, egipcios los zodiacos helénicos, egipcias las invenciones y doctrinas griegas ó romanas; los judíos son los que merecen alzarse con tanta gloria; los judíos, que en Alejandría tenían abierta cátedra desde muy antiguo; los judíos, que contaron por discípulos

¹ Lib. II.

la flor de los ingenios griegos; los judíos, que resplandecieron como lumbreras clarísimas en las soledades del suelo africano.

No destruye, antes confirma esta prueba, la autoridad del eruditísimo Luken, cuando declara que la semana es división antiquísima, frecuentada en los más viejos pueblos del paganismo. «Los indios, dice, los caldeos, los egipcios, y aun los griegos, tuvieron nuevas de esta división septenaria del tiempo; y es cosa notoria que los germanos la recibieron de los romanos antes de Jesucristo. La antigüedad quiso atribuir el origen de la semana á los egipcios y á los caldeos; pero parece cosa demostrada que el señalamiento de los días de la semana por los siete planetas es de fecha posterior. Como vienen los días á guardar el mismo orden en los pueblos mencionados, es muy verosímil que se deba su disposición á alguno de ellos, á los caldeos, por ejemplo. Empero la división semanal y la santificación del sexto ó séptimo día constituyen una institución independiente de la división planetaria. Los judíos juntan á la semana el concepto de la creación. Los negros conocen también la semana; y en prueba de que no la tienen de los mahometanos, festejan su sábado en martes.»

Por estas palabras del docto escritor se ve con cuánta diligencia conviene distinguir entre división septenaria é institución semanal. Aquella estuvo en boga en toda la antigüedad; ésta, en calidad de consagración de los siete días á la fábrica del mundo, si algunos pueblos confusamente la rastrearán, solamente fué recibida y practicada por los hebreos, de cuyo uso pudieron tomar ejemplo las otras naciones. En esto han andado menos sobre aviso algunos escritores, tratando de la se-

¹ Les tradit. de l'Human., t. 1, ch. 1, § II.

mana en común. Así Laplace en la *Enciclopedia* de Diderot, dice: «Puede considerarse como primer paso dado por los hombres para procurarse una medida de tiempo, la determinación de este curso de siete días que lleva el nombre de semana. De tiempo inmemorial esta unidad de tiempo estuvo en vigor en casi todos los pueblos, y el orden y la disposición de ella ha sido uniforme. Los hebreos, los asirios, los egipcios, los indios, los árabes, todas las naciones del Oriente han contado siempre por semanas de siete días.»

En la misma confusión cae Selden, con haber hecho especial estudio de la división hebdomadaria. «La costumbre, dice, de computar por semanas es antiquísima en Oriente. De la más remota edad, dice Escaligero, todos los pueblos orientales sirvieron de la vuelta de siete días semanales para hacer sus cálculos. Aun en el día de hoy es usada la semana en todo el orbe. Los judíos la comienzan en sábado, los cristianos en domingo, los gentiles en martes, los mahometanos en viernes. Dión Casio dice que fué inventada por los egipcios, y que de allí se derivó presto por toda la tierra. Refiere su origen á los siete dioses que entre los egipcios presidían los siete días de la semana, á saber: Saturno, el Sol, Marte, Júpiter, Venus, Minerva, Luna; pero más segura cosa es que los hebreos aprendieron este uso de la creación del mundo. Y así Dión yerra sin duda al decir que hacía tiempo que la semana se había propagado en el orbe.» Domenech advierte, en su *Viaje pintoresco*, que el número siete ha sido sacro para los americanos del uno al otro polo.—Que fuera este guarismo tenido en gran reverencia por los romanos, testificalo Cicerón en su libro *vi De Republica*, don-

¹ De Jur. Natur., cap. xix.

² P. 24.

de dice: «Cuando tu edad contare dos septenas de vueltas enteras del sol, y éstos dos números, siete y ocho, que son tenidos por cabales cada uno en su manera, formaren con su natural curso la cuenta que los hados te señalan...» Y más adelante añade: «Estas ocho órbitas, en las cuales hay dos astros, Venus y Mercurio, que poseen igual pujanza, componen siete sonidos, que se distinguen por sus intervalos: este número siete y su consonancia viene á ser como el quicio en que todas las cosas se revuelven.» ¡Admirable sentencia del orador romano!—Cuanto á los griegos, basta leer los testimonios de Hesodo, Homero, Calímaco, Solón, citados por Clemente Alejandrino¹, que llaman al día séptimo sagrado y perfecto, y que se pondrán más adelante².

Lo que limpiamente se saca del laberinto de estas autoridades, es que la semana es fruto de la divina inspiración. Que se la manifestó Dios á Moisés derechamente, para que éste se la intimase á los israelitas en su nombre, en memoria inmortal de la creación, es lo que parece lo más razonable, y que apenas puede recusarse; por que pretender que le fué revelada al primer hombre la creación en seis días y su divino descanso, y que de Adán pasó la semana á sus hijos, quienes, en el transcurso de las generaciones, ó perdieron del todo, ó adulteraron su altísima importancia, sería introducir una conclusión desprovista de razones, como quiera que no ha quedado, como está dicho, rastro entre las gentes de la supuesta semana, ni señal alguna de ella en todas las cosmogonías.

Confirma esto mismo el testimonio del ilustre senador romano Dión Casio, cuya autoridad suelen esforzar los modernos como contraria al origen de la

semana. Ciertamente, si el erudito Selden, arriba citado, hubiese leído con más sosiego el libro xxxvii de Dión Casio, habría caído en la cuenta y visto que no yerra Dión en apropiarse la institución de la semana á gentes egipcias, sino que da de lleno en el clavo afirmando que no es de origen judío. Porque por el nombre de judíos entiende Dión los palestineses; que si de unos egipcios habla como de inventores de la semana, alude á los judíos que moraban en Egipto desde el reinado de los Tolomeos; no á los egipcios, tales en propiedad de naturaleza y origen. Y mientras que esto dice, declara que con ser la semana desconocida de los griegos en tiempos anteriores, era celebrada en su siglo (año 300) en todos los pueblos de la tierra³. Por donde Dión Casio, en su historia romana, viene á dar por firmes estas cuatro cosas: que la semana estaba en uso en todas partes; que era institución de judíos egipcios; que judíos eran los que la practicaban; finalmente, que los griegos alcanzaron la noticia de Alejandría después del imperio de los Faraones, cuando los egipcios aun no la conocían. Pues luego la semana, según Dión Casio, llegó al conocimiento de griegos y romanos en época reciente, por medio de los moradores de Egipto, quienes, ó eran judíos después del cautiverio, ó con el trato de los judíos aprendieron su noticia y uso. Con toda claridad testifica Aristóbulo que Hesiodo y Homero cantaron el sábado sagrado por haber tomado su noticia de las Escrituras de los hebreos. Así queda que el período hebdomadario es hebreo de origen; que si la corrupción pagana consagró siete días á siete divinidades, cúltese la perversidad gentilicia, griega, romana, egipcia, que en los planetas á la sazón más conocidos idolatró. Luego no

¹ La Controverse, 1882, p. 221.

² Euseb. Præpar. Evang., l. xii, cap. xii.

³ Stromat., v.

⁴ Cap. II, art. 1.

usurpó Moisés á la gentilidad la distribución hebdomadaria; recibióla por inspiración de lo alto, la impuso á los israelitas en nombre de Dios, y mandóles que la guardasen agradecidos en celebridad de la creación de las cosas.

Tenemos contra esta conclusión el testimonio del Emmo. Cardenal Pie, por estas notables palabras: «El día séptimo, instituido primeramente en el verjel del paraíso terrenal, prosiguió siendo para Adán y sus descendientes el consuelo de su destierro; la prueba de que no se interrumpió la semana sobre la tierra, es que poco tiempo antes de darse la ley en el monte Sinaí, vemos que el pueblo escogido, con ocasión del maná, observa el sábado; y le observa, dice Bossuet, como un estilo conocido y no como un uso nuevo; y eso demuestra que la semana venía de más alto manantial, de los principios del mundo. La ley del séptimo día fué, pues, la ley de Adán, la de Abel, la de Noé, la de Abrahán, de Isaac, de Jacob, y, por decirlo en una palabra, la ley de todo el género humano, antes de llegar á ser por la revelación mosaica la ley más especial del pueblo judío». Para responder al dictamen de estas dos lumbreras de la ciencia católica, hemos de presuponer que en todo el decurso del Génesis ni en el Éxodo antes del capítulo xvi se celebra ni conmemora el sábado divino. Á pesar de las muchas ocasiones que se le ofrecían al sagrado escritor, ora en la vida de los Patriarcas, ora particularmente en el trato de los hebreos con los egipcios, de predicar las grandezas y de loar la importancia del sábado, suspende la pluma, ni refresca su memoria, ni encarece su observancia, ni parece tener noticia de ello, y como quien camina á obscuras y sin estrella, nos persuade con el silencio, que no era estilo de los israelitas guardar la semana y sabatizar.

¹ Obras, t. III, p. 352.

La primera vez que coloca en luz el sábado es en el capítulo xvi del Éxodo, versículo 23, con estas gravísimas palabras: «Esto me ha dicho el Señor; mañana será solemnizado el descanso del sábado; haced hoy lo que sea menester, guisad lo que deba guisarse; lo demás dejadlo para mañana. Hicieron así, como les había mandado Moisés, y no se les corrompió el maná, ni se hallaron en él gusanos». Poco después les dió este mandamiento más determinado: «Seis días cogereis el maná; en el séptimo es el descanso del Señor, y así no le esperéis». Un poco más abajo añade: «*Et sabbatisavit populus die septimo*». Claramente se ve en estas palabras una observancia nueva y desusada. ¿En qué se fundó Bossuet para escribir que antes de la ley del Sinaí observaba el pueblo el sábado como estilo conocido y corriente? Porque cuando Moisés promulgó á los judíos con toda solemnidad la ley del sábado, no les trajo á la memoria el ejemplo de Abrahán, Isaac y Jacob. Si Moisés tenía encargo de Dios para establecer esta observancia, era bien que comenzase á facilitar su uso, recomendándola respecto del maná. En fin: todas las consideraciones dichas y otras que podíamos hacer, persuaden que no sin razón fué menester un precepto formal de Dios para imponer una tan inaudita obligación.

ARTÍCULO III.

Moisés inculca la memoria del Hexámeron con varias instituciones. — El Hexámeron es materia litúrgica. — Razón de santo Tomás. — Sentencia de Melchor Cano. — Es materia de imitación. — Es histórico y litúrgico á la vez. — Inconvenientes que se siguen de ceder territorio á los racionalistas.

Con cuánta diligencia procurase Moisés imprimir en los ánimos de los judíos la santificación del sábado, en habiendo dedicado

¹ Ibid., vers. 26.

² Vers. 30.

al trabajo los seis días precedentes, cuántas veces y con qué estudio les anunciase esa voluntad del Señor, lo vemos claramente en el Pentateuco: «Seis días trabajarás; en el séptimo, por ser el descanso del Señor, te absandarás del trabajo... Porque en seis días hizo Dios el cielo y la tierra, y el séptimo descansó; y por eso bendijo Dios el día séptimo, día del descanso, y le santificó». No contento con el sábado semanal, estatuyó Jehová, por ministerio de su siervo Moisés, una semana de años, para que al cabo de los seis, en el séptimo holgase también la tierra, y llamóse año del descanso del Señor. Además, mandó que después de las siete semanas de años se festejase con solemnidad el quincuagésimo, llamado por esto *año del jubileo*: todo en conmemoración del descanso que tomó Dios alzada la obra de la creación. Lo que Dios quería con más ahinco encargar era que hiciesen los hombres memoria de su cesación angusta en un día, y que consecutivamente pudiesen trabajar en el decurso de los restantes, cual si hubiera pretendido presentar á su pueblo por modelo de los días humanos aquellos días divinos; dándonos Moisés en la repetición de tan grave mandamiento á entender que la institución hebdomadaria era conmemorativa de la semana del Génesis, que en ella tenía su fundamento y razón de ser, y que por tan alto motivo era decente que se pagase á todo el linaje humano.

Santo Tomás de Aquino, que á las más obscuras cuestiones arrimó la lumbre de su clarísimo ingenio, con estas admirables cuanto significativas razones expone el intento del inspirado Moisés: «Dícese que Dios cesó de obrar el día séptimo, porque después nada de nuevo hizo, que de algún modo

¹ Exod., xx, 9.

² Levit., xxv, 2.

³ Levit., xxv, 8.

no se comprendiese en lo hecho en las obras de los seis días, ora material, ora causalmente, ora también según alguna semejanza de especie ó de género. Y porque constituidas todas las cosas Dios descansó en sí mismo el día séptimo, por eso la Escritura y la ley manda que el día séptimo sea santificado. Porque la santificación de una cosa consiste mayormente en descansar en Dios; y pues las cosas dedicadas á Dios, como el tabernáculo, vasos, ministros, apellidadas santas, por estar el día séptimo consagrado al culto de Dios llámase santificado. De suerte que así como Dios, que fabricó seis géneros de cosas y las presentó á las mentes angélicas, no paró en ellas como en su fin, sino que de las cosas se pasó y terminó en sí mismo; por ese estilo nosotros aprendamos á reposar, no en sus obras ó en las nuestras como en fin, sino que de las obras pasemos á estribar y á descansar en el que es nuestra beatitud y solaz. Por esta causa quiso su divina bondad que el hombre, en ocupando seis días en sus faenas, el día séptimo cesase, y vacase al culto divino y al ocio de la santa contemplación, en que consiste en gran parte la santificación del hombre. Además, la formación del mundo demuestra que Dios existe, y que no ha menester las criaturas: establecióse en la ley que descansasen y celebrasen fiesta en el día séptimo, en que la fábrica del mundo se acabó, para que por la verdad del mundo producido y por los seis linajes de cosas distintas, el hombre siempre perseverase en el conocimiento de Dios y le dé gracias de beneficio tan útil y principal, y en la majestad suprema, como en su propio fin, coloque su reposo al presente por gracia y en lo por venir por gloria».

Tras la memoria de este glorioso

⁴ Quasi, iv; De Pol., a. II, ad 5.

maestro, viénesse á la pluma de sus celosos alumnos. Digna de particular mención es la sentencia emitida por el P. Maestro Melchor Cano, conservada cuidadosamente por su discípulo el P. Maestro Domingo Báñez, gran gloria de su religión, quien se la oyó dictar en sus comentarios, y la refiere por estas palabras: «Decía el Maestro Cano que Dios había producido todos los cuerpos simples por junto en un instante, y durante todo un día los compuestos ó mixtos. Después admitía que los días mencionados en el primer capítulo del Génesis eran días naturales, y, no obstante todos ellos, con ser uno solo, se refieren cual si fueran muchos; porque Moisés habló condicionalmente y no absolutamente, como si dijera: si Dios hubiese obrado al modo humano, en seis días naturales habría hecho las cosas que en el Génesis se narran. ¿Y por qué motivo habló Moisés debajo de condición? Porque la ley, respondía el Maestro Cano, se enderezaba á honrar á Dios y á instruir á los hombres en la vida política y religiosa; y para lograr tan alto fin, era conveniente que los hombres trabajasen seis días continuos, y ofreciesen el séptimo al culto divino. Por esta causa las seis perfecciones del mundo se nos describen diseñadas y llevadas á cabo por Dios como en seis días, y en el séptimo es Dios introduciendo descansando de su obra, para que por su ejemplo fuesen movidos los hombres á trabajar durante seis días, y el séptimo vacasen á Dios». Todo esto es del P. Maestro Báñez, hablando con la autoridad de su Maestro, el Maestro Cano¹.

Esta ilustrada explanación, que difiere de la del Cardenal Cayetano en que éste admite con San Agustín la creación simultánea en un instante, y Cano en todo el curso de un día, y se

aparta de santo Tomás en cuanto el Angélico está por la creación actual de los mixtos solamente y de los organizados en potencia; no podía llenarles las medidas á los Doctores del siglo xvi, que combatían vivamente la teoría de la creación simultánea, como veremos. Así sucedió que el mismo P. Maestro Báñez fué el primero en mirar con desamor y aun demostrar sus ademanes de resistencia á la doctrina de su Maestro Cano, y después los Molinas², los Suárez³, los Arriagas⁴ la desaprobaban y trataron de refutarla con notas, las cuales bien argüían sus reprobaciones; pero en el sistema moderno pierden toda su eficacia. Porque el P. Pianciani, autor de vasto saber que agotó la materia y falló y resolvió cuanto los modernos no han hecho más que repetir, sale aquí al encuentro tácitamente al principal argumento que aquellos gallardos teólogos oponían á la sentencia del Maestro Cano, cuando alegaban que si Moisés hubiera partido en seis días cosas que en uno solo se hubiesen ejecutado, habría faltado á la expresión de la verdad; replica el aguerrido Pianciani: «El P. Cano pensó que con decir mañana y tarde y hacer diferencia de días, intentó Moisés disponer los hombres y atraerlos á ocupar en el trabajo seis días continuos, y dedicar al culto de Dios el séptimo. El intento de Moisés fué apartar á los judíos de la superstición pagana que adoraba las criaturas, poniéndoles delante á Dios, autor y creador de ellas, y luego presentándoles un dechado que los indujese á la santificación del sábado. Para ello no tenía por qué fingir ni afirmar cosa que no contuviese verdad. Pudo, sin embargo, emplear la voz *día* para denotar tiempo largo y limitado, y de la misma voz tomar pie para usar *tarde*

¹ De op. sex. dier. disp., v.

² De op. sex. dier., l. i, cap. xii.

³ De op. sex. dier. disp., xxviii, sect. iii.

y mañana, como más propias que otras para su fin¹.

Así este doctísimo escritor ponía en su punto la doctrina del gran Cano, que fué casi el único que en el siglo xvi sustentó en parte las enseñanzas del sol de los Doctores, san Agustín, acerca del Hexámeron. Y, á la verdad, no podemos dudar que los días mosaicos, sin ser días ordinarios y astronómicos, podían ser tipos simbólicos de días de veinticuatro horas. Y dice claramente san Agustín que los días de la semana hacían veces de aquéllos, pero que no eran á ellos semejantes, sino del todo diferentes². No lo eran ni podían serlo. Porque el sábado humano era de veinticuatro horas, el divino aún dura; lo dice el mismo santo Doctor³: así y todo, el sábado divino es el tipo más principal que propone Moisés á la consideración de su pueblo para excitarle á santificar un día semanal. Además ordena Dios que, á la vuelta de siete años de poda y siembra, descansa la tierra por un año entero, y después del año sabático quiere que se cuenten siete semanas de años, y santifiquen el quincuagésimo como año de Jubileo; todo en orden á regocijarse con la memoria del sábado divino. Si, pues, los días mosaicos se acomodan á tiempos tan desiguales y largos, si el sábado divino vale por años enteros, y si setenas de años son representadas por los días del Génesis, ¿cómo no diremos que el Hexámeron es una semana de días extraordinarios y singularísimos, y que sólo tienen que ver con los nuestros en la representación y figura? Y así escribe el doctísimo Reusch: «Á la verdad, la analogía entre los días genesiácos y los nuestros sería perfecta si las uni-

¹ Cosmogonía, § xii.

² Dies hebdomadae illorum vicem quamdam exhibere, non esse illis similes, sed multum impares.—De Genes. ad III, l. iv, cap. xxvi.

³ Confess., l. xiii, cap. xxxvi.

dades de días fueran en ambos períodos de una misma especie; no obstante, siempre la hay, aunque las partes que componen entrambas semanas se diferencienc cuanto á la duración, y aun cuando la semana divina, en vez de constar de tiempos de veinticuatro horas, se componga de períodos de más extensa longitud⁴. Sea, pues, la conclusión: el Hexámeron no es la dedicación de la semana solar á las obras de la creación, sino antes el acomodamiento de las obras de la creación por su orden á los días de una semana divina⁵.

Esto no impide que concedamos ser este magnífico capítulo enseñanza doctrinal y al par homenaje piadoso. Porque, fuera de que Moisés asienta en él desde el principio las verdades fundamentales de la religión, la existencia de Dios, su infinito poder, su perfectísima unidad, su eterna sabiduría, su señorío universal, su admirable providencia⁶, y la creación de la materia, y la inercia de ella, y el orden y ornato del universo, contra las facinerosas doctrinas propagadas ya y acariciadas por las gentes idólatras; informa á los hombres en la bendición y celebración del sábado y descanso divino, tomando de ahí ocasión para inculcar á los judíos la imitación y culto de Dios en la santificación de un día de reposo, así como le imitaban en los seis de labor. Para eso no era menester fingir consagración especial de los días á las obras divinas; bastaba que los hombres trajesen á la memoria que ocupó Dios su poder en seis épocas, y que en la séptima cesó, para que, haciendo ellos otro tanto en el curso de la semana, honrasen decorosamente la dádiva de la creación y se mostrasen agradecidos á tan augusto beneficio. El

⁴ La Bible et la nature, leçon xi.

⁵ P. DE FORTALE: Revue des questions scientifiques, 1882.

⁶ VIGOURoux: Manuel Biblique, t. i, p. 337.

¹ In II p. D. Thomæ, q. lxxiv, a. 3.

capítulo del Génesis es histórico y litúrgico á la vez: histórico sin dejar de ser grandemente poético, litúrgico sin dejar de narrar la natural sucesión de las principales criaturas.

¿Qué responderemos, pues, á los que se desprecian por discurrir soluciones especiosas con deseo de allanarse á la contumacia de los racionalistas? No es justo que el varón docto dé su brazo á torcer, y use por ellos palabras á dos haces, poniéndose á riesgo de viciar los resplandores de la sacrosanta verdad. No es razón rendirse al señorío y gusto de los malévolos, concediendo largas á su obstinación, y abrir la puerta á su temeridad para que luego nos deshonren sin freno, y nos revuelvan á unos contra

otros. ¿Tan faltos estamos de respuestas, que debamos socorrernos de flacos arrimos para sustentar el poder de la palabra de Dios? ¿Acaso ha demostrado la ciencia falsedad ó desorden de las cosas expuestas por Moisés? El día en que este precioso capítulo sea ejecutoriado por erróneo en la exposición de las obras, invéntese en hora buena otro arbitrio razonable para volver por los fueros de la inspiración divina; mas ninguna falta nos hacen arbitrios cuando argumentos sobran para ser desmedrosos, y los adversarios más tienen por qué temer que por qué esperar. Obligación de sabios es tener la rienda á los enemigos de la verdad, y jugar armas de buen temple para postrar su altivez y atrevimiento.



CAPÍTULO VI.

LOS DÍAS GENESIÁICOS.

ARTÍCULO I.

Los grandes escuelas católicas entendieron de contrario modo el nombre *día*: una en sentido figurado, otra en sentido propio.—Sentido de los modernos.

HABIENDO intentado Moisés enseñar á los israelitas verdades religiosas y no científicas, ni exponer de qué manera fué formada la tierra, sino solamente que salió de las manos de Dios, y eso en estilo sencillo acomodado á la capacidad del vulgo; la explicación de los hechos geológicos está claro que no ha de sacarse de las palabras de Moisés, antes las palabras de Moisés han de recibir cumplida explicación de la naturaleza de los hechos. «La variedad de sentencias, como notó el teólogo P. Gregorio de Valencia, en este relato causa tanta mayor sorpresa, cuanto que consta entre todos los intérpretes, que Moisés escribió, según el genio del pueblo de Israel, que era rudo y grosero, como advierte el Crisóstomo, hom. II *in Génesis* ¹» Lo mismo juzgó el muy celebrado P. Petavio. «Como Moisés, dice, tuvo tanta cuenta con el ingenio del vulgo, no cuidó de adaptar su escritura á la norma exacta de la filosofía; y lo prueba, demás de lo arriba expuesto, el que en el cuarto día habla de las dos grandes lumbreras, luna y sol, siendo como es la luna el menor de los

astros; pero el vulgo, que suele medirlo todo con los ojos y sentidos, piensa y habla así como no hizo caso Moisés de hablar ¹».

Mas el estudio de Moisés en allanarse á la capacidad del vulgo, y en usar ciertas voces que tuviesen proporción con la grandeza de las cosas que trataba y con la pequeñez del humano entendimiento, ha traído siempre á mal traer á los más despiertos ingenios.

En dos grandes bandas se dividen los sabios que han comentado el vocablo *día*; unos le entienden á la letra, otros en sentido impropio y acomodaticio. Cada uno de estos campos se compone de numerosos defensores, que toman diversos arbitrios en la defensa de su opinión. Expongamos las principales diferencias de cada escuela.

La primera consta de los escritores que, hollando en las pisadas de Filón, enseñaron que los días del Génesis se entendían figurada y espiritualmente. Con harta motivo impugnaron los santos Padres y Doctores, y calificaron por contraria á la católica verdad la interpretación mística que estos autores atribuyeron genéricamente á las santas Escrituras.

Á la misma sentencia pertenece san Agustín, quien discurrió que *días* no suenan sucesión real, sino lógica solamente; por que habiendo concebido he-

¹ In I p., disp. V, q. 2, d. 1.

¹ De opif. sex dier., l. 1, cap. XI.

cha en un punto toda la materia y formada en los cuerpos minerales, llamó *días* los seis conocimientos distintos que tuvieron los ángeles de las obras criadas, según que en el orden de naturaleza cada una era distinta, como más adelante diremos.

Siguiendo el sentido impropio, imaginaron otros que el número de seis días se mencionó por Moisés, no á causa del tiempo que en las obras se gastó, sino para socorro de nuestro flaco entendimiento, que no acertara á comprender sino así el orden de las criaturas, por ser tantas y tan complicadas.

Otros juzgaron que las repartió en días, como si dijéramos en capítulos, porque no le era dable narrarlas sin distribuir las convenientemente en partes, para ser bien entendidas. Los hay que, admitida con san Agustín la creación instantánea de todo, hacen de seis días uno, y conciben después de la creación largo trecho en que los seres fueron saliendo á luz. Al Cardenal Cayetano se le ofreció que los días no son sino uno repetido seis veces, en obsequio de las perfecciones del universo; que por esto no dice Moisés: en el primer día fué hecha la luz, en el segundo el firmamento, en el tercero las plantas, y así los demás; sino que hechas las cosas las marca cada una con su día; y éstos, ya que sean naturales y distintos en sí, nómbrense juntos con las obras, no porque ellas en tales días se hiciesen, sino porque correspondían al orden de las perfecciones del mundo.

Otros, en fin, son de parecer que Dios reveló por seis días consecutivos á su siervo Moisés las fases de la creación delineadas en unos como grandes lienzos, donde le fué en espíritu dibujado todo el drama de las obras divinas; y ellas, puesto caso que se ejecutasen en un punto, le fueron enseñadas á Moisés por partes, como seis

acaecimientos distintos y en varios días; y de la manera que el Profeta las miró representadas, trasladólas al papel con tal viveza, que parece haber escrito á la vista de las cosas que trata. Así, como dijimos, el alemán Kurtz, en cuyo concepto los días son visiones proféticas.

En la sentencia opuesta de los que miran los *días* como naturales de veinticuatro horas, entra gran diversidad de pareceres. Los más Doctores Escolásticos abrazaron este sistema de los días solares, y absolutamente dijeron que Dios no había criado las cosas por junto; pero que en días sucesivos había dado ser á cada categoría. San Agustín, en su libro *De Catehiz. rudib.*, parece conformarse con esta opinión vulgar; pero cuando escribe para doctos, como en su *Ciudad de Dios* ó en su *Génesis á la letra*, ni la propugna ni la menciona. De los modernos, Bergier, Glaire, Sorignet, Maupied, P. Laurent, Debreyne, Drach, Keil, Bosizio, Hummelauer, y otros pocos escritores, se inclinan á este sentir.

Mas éstos, que están por los días solares, desempeñan su parecer en tales vueltas de razones que apenas acaban de definir sus conceptos. Porque unos fingien largos años, no antes ni después, sino entre los mismos días de veinticuatro horas, interpolando épocas indefinidas de obra á obra; otros diferencian los tres días primeros de los tres postreros, concediendo á éstos veinticuatro horas de tiempo, y á aquellos espacio indeterminado, pero los consideran días en cuanto son altibajos de luz y tinieblas; estotros, reteniendo los seis días iguales, declaran que al primer reir del alba remataba Dios cada creación, y que en el resto del día holgaba de su trabajo; aquéllos pretenden que el Sumo Hacedor estaba ocupado todo el discurso de las veinticuatro horas en fabricar una obra; tales juzgan por más acertado que

acometiese todas las fábricas á la vez, y que en el término de varios días las diese glorioso cabo, y que el dar cabo á cada orden de cosas debe reputarse por día; cuáles, otorgando largas á Dios para modelar las cosas, creen que en solos seis días las puso de manifiesto y las mostró arreadas y perfectas para que el hombre las viese; y, en fin, otros imaginan una dilatada duración después de terminada la máquina del universo, y que en ella floreció la turba de vivientes con su flora acabada, y con su cumplidísima fauna, mas que luego por un cataclismo general de turbonadas y violencias espantables, de glaciares y temblores temerosos, dió al través y se hundió el universo mundo, convirtiéndose en un caos; pero que al fin al punto en sólo seis días precisos renovó la creación y poblóse de nuevo la tierra de vegetales y animales: y hete aquí el mundo que en el día contemplamos. Á esta postrera opinión subscribieron Buekland, Chalmers, Desdoutis, Jehan, Girard, Wiseman, Vosen, Hengstenberg, De Genoude, Bonnaire, Molloy, y algunos más.

Muy diferente camino han abierto los modernos, sin seguir ninguna de las dos sentencias declaradas. Quieren que los días genesíacos sean, no días comunes y astronómicos, sino épocas de duración indeterminada y larga. Así el P. Pianciani, P. Tongiorgi, P. Félix, P. Monsabré, Cardenal Franzelin, P. Perrone, P. Palmieri, P. Corluy, P. Pesch, Cardenal Mazzella, P. Valroger, Vigouroux, Gainet, Arduin, Reusch, Pozzy, Moigno, Carranrais, Kernaéret, Janssen, P. Mendive, P. Miguel Mir, Libermann, Juan d'Estienne, Meignan, Bouvier y otros infinitos sabios de toda condición, eminentes en letras humanas y divinas, de recomendable doctrina, de prestantísima autoridad; de los cuales unos aplauden, otros porfían, otros ensalzan,

otros toleran, otros son de dos haces; aunque todos ven con ojos serenos los días de duración secular. Esta opinión que en el día está tan en boga, fué ya columbrada en substancia de algún modo y seguida por los claros ingenios de san Gregorio Niseno, de san Agustín, de santo Tomás, como en otro lugar se dirá.

ARTÍCULO II.

Propiedad del vocablo *día*.—Vigor de las palabras *mañana* y *tarde*.—*Día* vale tanto como tiempo indefinido: pruébase por autoridades de santos Padres, por el intento de Moisés, por la necesidad de poner siete obras, y por razón de conveniencias naturales.

MENESTER es confesar que, si atendemos al genio de la lengua santa y el uso ordinario de la palabra *día* (יִוֵּם—*yom*), no se la puede torcer, generalmente hablando, á período indefinido; suena tiempo limitado y circunscrito, es á saber, aquel espacio en que el sol resplandece en el cielo y da luz á un punto de la tierra. Siempre que *yom* se acompaña de vocablos determinados, deberá tomarse en significación propia, si ya razones poderosas no aconsejan la derivada ó metafórica; y aquí toca al discreto parafraste inquirir qué probanzas puedan autorizar la calificación de tiempo indeterminado. Que *yom* no todas veces se usurpe en la acepción de día propio, sino de tiempo generalmente, no escasean lugares de las mismas Escrituras que lo declaren. Así se dice: «El día en que Dios hizo el cielo y la tierra»¹. «En cualquier día que comiereis de él»². «En el día de salud te ayude»³. «Quién podrá barruntar el día de su venida»⁴. Mucho más frecuente era entre los hebreos usar por tiempo in-

¹ Gen., II, 4.

² Gen., III, 5.

³ Isai., XLIX, 8.

⁴ Malaq., III, 2.

definido el plural *días* ¹; y ha sido costumbre general en todas las lenguas.

Vengamos á la consideración de las voces *mane* (בקר — *boker*) y *vespere* (ערב — *heréb*), que se ponen en el Hexámeron como partes integrantes del día mosaico. La fuerza que tiene *boker* es división, descubrimiento, parto, salida; al modo que *heréb* significa mixtion y confusión, según que Gesenio y Fürst lo sacan de la raíz (ערב — *harab*). Y aunque *boker* ocurre 197 veces en la Biblia anunciando tiempo matutino, y *heréb* 127, veces señalando el vespertino; pero siendo figurado, como veremos, el sentido de los días mosaicos, ¿qué diremos de la mañana y tarde, sino que metafóricamente también habrán de entenderse y expresar el principio y fin de cada obra? No vale replicar que *heréb* es noche ó tiempo de tinieblas, y *boker* día ó tiempo de luz; porque los vocabularios hebreos no han dado por auténtica semejante acepción, ni en toda la Biblia se halla pasaje en que *boker* y *heréb* representen día y noche; ni *heréb-boker* componen todo un día de veinticuatro horas, sino sólo las dos partes extremas, principio y fin; y por la misma razón en diciendo Moisés tarde y mañana día 3.^o, 4.^o, 5.^o, 6.^o, no significó que la tarde y la mañana hacían un día entero; solamente declaró que eran señales ciertas de haberse abierto y cerrado el día de que trataba. Así parece que lo comentó el glorioso san Agustín en su Génesis contra los maniqueos ², donde dice: «Resta que entendamos en la misma tardanza de tiempo las mismas distinciones de las obras así llamadas, tarde á causa de haber pasado la consumación de la obra, y mañana á causa del principio de la obra siguiente; á semejanza de los trabajos humanos, que casi siempre empuenzan por la mañana y terminan por

¹ Gen., iv, 3; Gen., xxiv, 1.
² L., i, cap. xiv.

la tarde». Iguales expresiones leemos en un Comentario del Génesis atribuido á san Eucherio, que dice: «Tarde es el término de una criatura hecha, mañana el principio de la creación de otra». Añádesse el juicio del Ven. Beda: «¿Qué es tarde sino la misma conclusión de cada obra? ¿Qué es mañana sino el principio de las siguientes?». Y en su Comentario del Pentateuco ³ se lee: «La tarde, en todo aquel triduo antes de haber luminares, no se entiende sino muy bien por término de obra acabada; mañana por indicación de obra por venir».

Si queremos detener la pluma en el examen de estas acepciones, hallaremos que en otros muchos lugares de la Escritura conservan la propiedad de principio y fin. Señalado es el oráculo de Jacob cuando, hablando á su hijo Benjamín, le dice proféticamente: «Benjamín, lobo rapaz, de mañana devorará la presa, á la tarde repartirá los despojos». Este pasaje han entendido los santos Padres y Doctores que aludía al Apóstol san Pablo, de la tribu de Benjamín, quien, de lobo voraz que fué al principio de su vida, tornóse al fin mansísimo cordero; de perseguidor, propagador del nombre de Cristo. Así lo declara parafrásticamente san Jerónimo, diciendo: «Cuán manifiesta profecía sea de Pablo Apóstol, á todos es notorio, porque en su juventud persiguió la Iglesia, y en su vejez fué predicador del Evangelio» ⁴. Concuerdá con él san Agustín: «Mañana, dice, y tarde están puestos por primero y después; glosémoslo, pues, así: primero arrebatará, después dividirá la presa» ⁵. Lo propio tiene san Ambrosio ⁶; y ya antes el grande ingenio de Tertuliano había dejado es-

¹ De sex dieb. creat. die 1.^a

² Genes., cap. i.

³ Comment. in Genes., xl, 9.

⁴ Serm. 279.

⁵ De Benedict. Patriarch., 12.

crita esta hermosa interpretación: «Antevia Jacob que Pablo había de nacer de la tribu de Benjamín, lobo carnívor, comiendo á la mañana, es decir, haciendo estrago en las ovejas del Señor en la mañana de su vida; y después, al caer de la tarde, en la edad más avanzada, apacentando con la enseñanza las ovejas de Cristo como doctor de las gentes» ⁷. Según estas autoridades, tarde y mañana se dice, en su más amplia significación, para simbolizar el principio y el fin de un período indeterminado de tiempo.

Descendiendo ahora á escudriñar más derechamente qué potestad tiene la voz día (יומ) en las Escrituras, no será costoso probar que á veces indica tiempo indefinido. No hay duda que el escriturario Glaire está contra esta interpretación, y alega sus razones, y las suyas alegaba también Rosenmüller ⁸, y las propias también Sorignet contra Deluc y Cuvier ⁹; mas convenzámonos: mientras *yom* no salga de los términos del día natural, quedará el Hexámeron rodeado de perpetuas nieblas. Unánimes son los Padres en confesar que *día* en frecuentísimos lugares tiene virtud de tiempo largo. San Agustín, del juicio final, dice: «Nadie ignora, por más ligeramente que haya leído la divina Escritura, que en ella suele ponerse *día* por tiempo» ¹⁰. Y en otra parte advierte oportunamente sobre el capítulo ii del Génesis: «aquí por día bien se comprende el tiempo» ¹¹. Favorece san Hilario: «Día es edad ó tiempo, al estilo de la Escritura» ¹². Aun san Basilio huelga de ello: «Llámale día, llámale eternidad, igual el concepto es: un día es» ¹³.

No pocos teólogos Escolásticos hicie-

ron el mismo comento. El P. Luis de Molina, llevando la voz de muchos, dice: «Cominment tienen los Doctores que Moisés en este lugar usó *día* por tiempo, según aquello del Deuteronomio: «cercano está el día de perdición», y en otros lugares se emplea á menudo *día* en vez de tiempo» ¹⁴. Allégase el P. Maestro Báñez, diciendo: «*Día* puede acomodarse á cualquier duración y medida de tiempo» ¹⁵. El P. Benito Pereira concurre con los dichos cuando escribe: «Así con mucha frecuencia lo estilán los profetas, que adoptaron *día* por tiempo» ¹⁶. Finalmente, de estima es el juicio del P. Petavio, que en confirmación de su dicho cita á Cicerón contra Verres, por haber puesto *día* en significación de largo tiempo, y «lo propio, concluye, hacen los griegos que los hebreos» ¹⁷.

Ni entiende á diferente luz la propiedad de *día* el doctor Francisco Suárez. Explicando el versículo del capítulo ii del Génesis, que fué el que puso en el potro la valentía de los ingenios y dió margen á tan encontrados dictámenes, comenta así el profundo teólogo: «Aquella palabra en el *día* en que crió Dios el cielo y la tierra, no designa ningún día determinado; denota indefinidamente un día cualquiera, en cuyo discurso fué hecha alguna de las obras, ora el mismo, ora diverso, ya uno, ya más de uno. Porque es costumbre en la Escritura servirse del singular por el plural, y en el modo de hablar del pueblo cosas hechas en varios tiempos, por brevedad, suelen comprenderse debajo de una voz singular de tiempo. Demás de que la Escritura suele poner *día* por tiempo indefinido, como en san Juan ¹⁸

¹ Contra Marcion., l. v, cap. i.

² Schol. in Gen. 1.

³ La Cosmog. de la Biblia.

⁴ De Civit. Dei, l. xx, cap. i.

⁵ De Genes. contra Manich., l. ii, cap. iii.

⁶ Tract. in ps. xli.

⁷ Hom. II in Hexaemer.

¹ In 1. p. de Oper. sex dieb.

² In 1. p. q. lxxiii.

³ Comment. in Genes., l. i.

⁴ De Opif. sex dieb., l. i.

⁵ Cap. viii.

y en san Pablo: y en el Deuteronomio: «Pues de esta forma debe ó puede entenderse el lugar citado, como Beda y otros quisieron». Todo esto escribe Suárez; y más abajo distingue cuatro acepciones del vocablo *día* en el propio Hexámeron: primera, día artificial, del orto al ocaso del sol, «llamó día la luz»; segunda, día natural, tarde y mañana; tercera, día equivalente á uno ó muchos; cuarta, día sinónimo de tiempo indefinido; y estas cuatro significaciones quiere que se colijan de las circunstancias del texto: «¿Cuán atinada y anchamente dirime esta tan embarazosa cuestión el Doctor Eximio! Es, pues, lícito concluir que el vocablo *yom*, con todas sus propiedades, no excluye el concepto de tiempo indeterminado, si miramos á cómo discurren los Santos y Doctores.

¿Qué, si ponemos los ojos en la intención que Dios á Moisés inspiró, y examinamos cuán á este propósito hacía el señalar con esa palabra las épocas geológicas de la creación? Quería el sabio legislador persuadir á los hebreos la ley del sábado presentando á su consideración las obras de Dios, por ejemplares de las suyas propias. Reparte, pues, en seis las principales y más espléndidas; pudo haberlas denominado empresas, épocas, fábricas, series. Sugirióle el Señor más fácil remedio. Á fin de hacer más viva impresión en los ánimos de los hombres y dejar en su memoria grabada más hondamente una semana práctica y auténtica, á cuya imitación no pudiesen alegar excusa, quitó Moisés al vocablo *día* el rigor astronómico; y como el número siete era el que más importaba al sagrado escritor para salir con el

inspirado intento, en ese número escribió más ahincadamente, ya en el Hexámeron, ya en otros lugares del Pentateuco; pues no tanto convenían á su propósito días, como setena de cosas consecutivas. Poco le iba á Moisés para encarecer y recomendar á la piedad de los hebreos la omnipotencia divina, su augusta eternidad, su absoluto dominio sobre las criaturas, la dependencia y caducidad de ellas, el que la máquina del mundo se hubiera fraguado en cuatro días, en cinco meses, en ocho años, en veinte siglos, ó repentinamente y de improviso. Lo que más satisfacía su deseo, ya que Dios le movía á inculcar al pueblo escogido la observancia de un día semanal, era determinar siete espacios de tiempo, ó siete órdenes de cosas distintas, en que hubiese campeado el esfuerzo de la divina potencia, cesando y descansando al fin de ellas, para con este ejemplo ablandar la dificultad y con el estímulo constreñir los hombres á la santificación de un día entre siete, en que honrasen al Sumo Hacedor, reconociesen su vasallaje, le bendijesen y diesen gracias por sus inúmeros beneficios.

«Lo principal era, decía el sabio Miller, el número septenario». ¿No habría el discurso de Moisés tenido la misma eficacia para mover los ánimos de los israelitas, si hubiese distribuido la creación en siete siglos, y aun en siete épocas desiguales, como en el señalar, cual señaló, siete días? Cuán conducente era dárles denominación de días, lo hace claro el que ellos á días naturales y laborables habían de corresponder, por desemejantes y extraordinarios que fuesen. Aunque el día séptimo, en que el Señor cesó de fabricar, duró largos siglos, y aún dura y durará hasta el cerrar de los tiempos; no por eso dejaron los hebreos

¹ *Testimony of Rocks*, p. 140.

de entender que en conmemoración de aquel secular agosto día estaban obligados á consagrar uno de veinticuatro horas al descanso y á la devoción. Muy á este propósito dice el Dr. Reusch: «Moisés no tenía más idea que el explicarnos la institución del sábado: y habría salido de su oficio, si nos hubiese dejado escritas nociones geológicas, ó si, ahorrando la palabra *día*, hubiera empleado ciento ó miles de años. Ó si no, digamos en esta otra conformidad: habiendo Dios instituido el sábado, y querido justificar y canonizar su institución, convenia revelase al hombre, que la semana de acá bajo terminada en el sábado tiene su ejemplar en una semana divina compuesta de seis períodos sucesivos, en que Dios ejerció su actividad creadora, y en otro período en que cesó del trabajo y descansó. De lo que necesitaba el hombre era de esta revelación: decirle más era excusado, si la revelación había de conservar el carácter religioso». ¡Palabras magníficas y grandemente razonables!

Conste, pues, cuánta razón nos asiste y autoriza para dar al vocablo *día* significación figurada, y al vocablo *siete*, por el contrario, obvia y natural, como quicio en que gira todo el repartimiento artificioso de la creación, según el intento de Moisés.

En este sentido, decía el docto Haneberg: «La sucesión de los seis períodos del trabajo, junto con el período del descanso que los sigue, sirve de base y fundamento á las fiestas hebdomadarias. El hombre ocupatrabajando seis días, y solemniza el séptimo. La intención del escritor sagrado, que era enseñarnos en las siete partes de la creación el tipo de la semana, nos demuestra cómo la voz *día* está puesta para señalar cada parte de por sí. Quiso Moisés describirnos una semana

de Dios. Cuánto tiempo duró un día de esa semana, no nos es dable determinar»¹. Según esto, calificados por épocas largas los días mosaicos, la tarde y la mañana, voces correlativas, tasadísimamente significan, aquélla acabamiento de una obra, ésta principio de la siguiente; cerrándolas todas y coronándolas el sábado solemnísimamente, que por carecer de tarde avisa que el descanso del Señor no tiene tasa ni límite, sino que prosigue á través de los siglos llevando á cabo lentamente la disposición de las obras inauguradas.

Con mucha conveniencia notan los modernos, que en los tres primeros días faltaron los rayos del sol y de la luna que rigiesen el curso de las horas; no podían, pues, ser ellos días solares ni lunares. Tanto pudo con el incomparable ingenio de Orígenes esta evidéntísima razón, que no concibiendo día sin el sol, luna y estrellas, no hubo remedio que admitiese días, sino es figurados y espirituales en sentido místico en orden al cuerpo de la Iglesia. Con estas armas cortaba las alas á las impertinentes argucias de Celso. Ni se diga que existía la luz en el mundo; porque según el dictamen del gran astrónomo P. Secchi en su tratado *Sobre el Sol*, el sol no es la luz, antes nace de la luz, y es cuerpo en que ella se englobó, viniéndole de otra parte, para derramarse por todo el sistema. La luz del primer día no tenía linaje de parentesco con el sol, como en su lugar se dirá más á la larga, ni consecutivamente pudieron ser solares los tres días en que el sol no tuvo parte. Además descansa Dios el día séptimo, «y es día sin tarde ni noche» en frase de san Agustín; «día sin término ni remate», en concepto del venerable

¹ *Gesch. der bibl. Offenbarung*, p. 13.

² *Poëxy: La terre et le récit biblique*, 1874.

³ *De Principiis*, l. iv.

⁴ *Confes.*, l. xiii, cap. xxxvi.

⁵ *La Bible et la nature*, leçon xi.

¹ I Cor., vi.

² Cap. xxxii.

³ *De Op. sex dier.*, l. 1, cap. xii.

⁴ Exod., xi, 8; xxxi, 13.—Lev., xxiii, 24.—

Deut., v, 13; xv, 12.—Jos., vi, 3.

Beda¹: pues luego, ¿cómo serán de veinticuatro horas los seis días primeros, si el último todavía corre y cuenta siglos y más siglos? ¿Ó no han de medirse todos por un rasero y calcularse por una misma unidad aritmética?

Más: no dice Moisés que cada obra se ejecutase en el término de un día, sino que ejecutada ya la obra, sin declarar en cuánto tiempo, menciona el día en que se terminó. Muy bien podría un escultor labrar una estatua en dos años, y después de concluida exclamar con razón: este es el primer día de mi obra, y después emprender otra escultura y al cabo de medio año, viéndola acabada, holgarse con su artefacto y decir: este es el segundo día en que veo obra mía perfecta, y así de los demás. Con paridad de razón pudo el Señor hacer la luz en largo trecho de tiempo, y dada cima á la empresa, escribir Moisés: primer día de obra perfecta; y separadas las aguas y vapores, añadir: segundo día de obra perfecta; y en brotando las plantas, y en centelleando los astros, y en amaneciendo los animales, gozarse con la perfección de tan señaladas obras; sin que por eso los días tuviesen relación con ellas, sino sólo cuanto al principio y conclusión.

Confírmase esta conjetura con el no tomar en su boca Moisés, que un día sucediese á otro sin intervalo de tiempo; á esta cuenta pueden caber muchos centenares de horas, de meses, de años, entre el primero y el segundo día, sin que la Escritura lo estorbe. Siendo, pues, tan vaga la expresión bíblica, parapetarse en el rigor de la letra, y no querer salirse de él por parecer obvio, y porque no deba sacrificarse la simplicidad del texto á las liviandades de una ciencia caediza y voltaria, como Bergier², Drach³, Wi-

seman⁴, Sorignet, Buckland y otros han pretendido colegir, es presuponer lo que se ha de demostrar, es dar por hecho lo que cuesta persuadir, es tomar por absoluta la causa que está en cuestión.

ARTÍCULO III.

Expónese una nueva interpretación de los días naturales.—Que los días del Génesis supongan por épocas largas lo demandan la geología, la paleontología, la astronomía, la geografía y los inconvenientes de las opiniones contrarias.

ANTES de ir adelante, no será fuera de propósito alegar aquí otra explicación propuesta en estos últimos años, que en su misma sencillez lleva la recomendación. Día es en esta sentencia, período de veinticuatro horas, pues no otro parece ser el sentido que le dan al *yom* las santas Escrituras; pero los seis días mosaicos, con ser usuales y comunes, están puestos para representar las seis épocas que fueron menester para la ejecución de las obras que á tales días vinculó el sagrado escritor, como si quisiera decir á los israelitas: el primer día de la semana debéis consagrarle en memoria de la creación de la luz, el segundo á la fábrica del firmamento, el tercero á la germinación de las plantas, el cuarto á la aparición de los astros, y así de los demás. Y pues, como antes se notó, quiso Dios dar á los hombres por prototipo de la semana de días humanos su semana de obras divinas, era muy del caso que Moisés á cada día natural le señalase su correspondiente suceso en la serie de la creación. Así los días mosaicos son de veinticuatro horas, pero suponen por acontecimientos de indeterminada duración. En esta sentencia⁵, que quita su aspe-

¹ *Disq. sobre las relac. entre la ciencia y la revel.*, t. 1.

² P. MIGUEL MIR: *Harmonía entre la ciencia y la fe*, 1885, cap. XIV, p. 321.

¹ *In Genes.*, cap. 1.

² *Diction. Theol.*

³ *Los seis días genes.*

reza á muchas dificultades, no repugna, antes se requiere que las obras que á cada día natural pertenecen, se llevasen á ejecución en dilatados espacios de tiempo.

Tratemos, pues, de presentar las razones que han obligado á los modernos sabios á tener los intervalos en que se ejecutaron las obras del Hexámeron, en posesión de tiempos indefinidos. Ante todo, si en la fábrica del universo es excusado pedir milagros, debiéndonos contentar con lo que conviene á la condición de las cosas, como quiere santo Tomás¹, y si en el desenvolvimiento de la naturaleza tampoco han de fingirse prodigios extraordinarios sin revelación especial, como apuntó el P. Suárez²; ¿cómo no conceder á la constitución de los reinos naturales espacio suficiente de tiempo para que las causas físicas procediesen con entera espontaneidad?

Porque, primeramente, el suelo principal de la tierra, en que se basan concéntricamente los otros pisos, es de roca cristalina, capaz de sustentar la pesadumbre de las montañas. En este supuesto, que es el más creíble, los terrenos paleozoicos, según la más baja cuenta, miden treinta kilómetros de grueso en algunos parajes, los mesozoicos harto menos, los neozoicos pocos kilómetros; por todos sobre cincuenta: encima de tanta dureza enaltecieron sus cumbres montes, riscos, cordilleras; ni son menos espantables las simas y despeñaderos que se abren en lo profundo del mar. Pues hasta insensato parece pensar que tan recio grosor pudo engendrarse, asentándose primero la gran masa líquida, y parte luego volviéndose piedra berroqueña, y parte quedándose en su ácuea condición, y, en fin, dando lugar á la bóveda atmosférica, en el breve término de veinticuatro horas cabales.

En segundo lugar, los fósiles se hallan amontonados á millares en casi todos los terrenos. Algas, mariscos, restos orgánicos, troncos de árboles, huesos de aves y reptiles, esqueletos mayores, cuerpos enteros, innumerables especies, en casi infinito número, en alta profundidad, por extendidos dominios, yacen empozados en las entrañas de la tierra, llevando por lora carga de gruesísimos peñascos, que no se forjaron, no, por vía de entretimiento; y yacen intactas las osamentas, muchos árboles con sus raíces, los huesos con sus artejos, indicio de haber los vivientes acabado allí su vida donde se hallan enterrados; y enterrados por series hasta cierta profundidad, sin tropezar en ellos vestigio de hueso humano, y desde los terrenos más hondos hasta los más eminentes acampadas innumerables suertes de seres, con orden admirable de colocación de unos sobre otros, hasta que en las zonas más bajas apenas hay señas de ellos; y las señas de los descubiertos claramente anuncian que no fueron escondidos allí como quiera por adorno ni caso fortuito, sino en tiempos diversos, y por causas naturales y de asiento á más no poder. Pues ninguno será tan extrañamente crédulo, que se figure que tan incomprensibles almacenes de cosas podían fabricarse en dos días, y que debieron de componerse con tanto cuidado, en tanta variedad, y nacer, y expirar y acabar en un soplo como por encantamiento, sin rodearse de infinitos milagros, que sin razón suficiente sería mengua y temeridad al filósofo suponer. La súbita concurrencia de causas naturales para máquina tan complicada, confina con lo imposible³.

Reclama, en tercer lugar, sus derechos la astronomía. La astronomía moderna, que ha invadido el espacio

¹ 1.º p., q. LXVII, a. 4.

² De op. sex dier., l. II, cap. VII.

³ LA MOTTAIS: *Moïse, la science et l'exégèse.*

sidéreo con número sin número de nebulosas dilatadas en amplitud y extensión, exige suma lentitud en su formación; pues las que hoy contempla la vista no puede ser sino que haya siglos que se estaban fraguando. Si, pues, el sistema solar se constituyó escuadrón de cuerpos sólidos maravillosamente dispuestos, ¿qué multitud de años será sobrada para tan incomprendible fabricación? Demás de esto, siendo tanta la distancia en que moran las estrellas fijas, que la más cercana de nuestro sistema tarde tres años en amanecernos un rayo de luz, y de las mejor observadas las haya que en menos de centenares de años no dan nuevas de su existencia; no pudo ser, sin grandísimo milagro, que al abrir los ojos Adán por primera vez, en el sexto día, contemplase el cielo esmaltado de estrellas, como se saca del sagrado texto que le vió y rompió en himnos de alabanza, cuando al cabo de tres días debía de vislumbrar á malas penas unos pocos planetas solamente, y aun no todos á la vez.

Y no fundamos las razones dichas en la fiijeza de las leyes, cual si fuera ella incontrastable, porque en muchísimos casos salta á los ojos la relación de causa y efecto: y ya que no abrazamos á todo trance cuanto tal cual geólogo tuviese por bien discurrir, siempre resultará verdad no ser posible dar razón de los hechos que hoy posee la ciencia experimental, en el sistema de los días solares, sin incurrir grandes inconvenientes. Porque de común acuerdo declaran los paleontólogos que los senos de la tierra, cuidadosamente explotados, demuestran un orden de productos vegetales y animales en estado fósil, que tiene próxima semejanza y admirable conveniencia con el orden de sucesión expuesto por Moisés en su Hexámeron: y esta consonancia inesperada, ¿no prueba á todas luces que los días mosaicos han

de ser tenidos por largos periodos de años?

En cuarto lugar, la tarde y la mañana que menciona Moisés, ¿en qué lugar de la tierra se verificaron? Porque en un solo punto no pudo á la vez amanecer y anochecer; ó fué tarde en toda la tierra, y después en toda ella mañana, y, ¿qué días serían esos?, ó si amaneció y anocheció para algún punto determinado, tal parte del globo podía ser que realmente la tarde durase meses, y otros tantos la mañana, como sucede en las regiones circumpolares. Luego, ¿en qué punto se hizo tarde y mañana?

Otra razón añade el P. Pianciani, muy digna de su preclaro ingenio. «Si la tierra, dice, produjo ya vegetación apenas se vió libre de las aguas, estando todavía poseída de humedad, ¿cómo nos anuncia la Escritura que la regaba lluvia especial, cuando es más que cierto que un copioso riego no podía perjudicar á las plantas? Pues luego, seca estaba la tierra cuando hubo de llover; y para secarse, muy corto trecho eran veinticuatro horas. Pero, ¿qué falta tenía de lluvia, si por milagro crecían los árboles, y se convertían en sustento de animales de la noche á la mañana? No hay sino que Dios criase semillas y dispusiese que, interin creciesen las plantas y diesen fruto, les asistiese el riego de agua; para ello haría más de veinticuatro horas fueron menester.» De estas razones movido el docto filósofo P. Tilmann Pesch, exclama sin titubear: «La sentencia que tiene haberse formado este mundo en seis días naturales, ha de repudiarse como destituida de sólido fundamento, sin por eso ser notada de absurda».

Muchos imposibles tienen que devorar, y á graves consecuencias han de hacer rostro los defensores de los días naturales. Y no es el menor incon-

1 P. PALMESI: *De Deo Creatore*, p. 143.
2 *Inst. Philos.*, l. III, disp. I, sect. II, n. 570.

veniente la irrisión con que hieren los enemigos del catolicismo nuestras creencias¹, cuando ven á los católicos empeñados en conciliar tantos imposibles. Más tolerable sería el sentimiento de los que exigen antes de los seis días un espacio de tiempo indefinido, y entienden los seis días, ó al menos los tres últimos, por duración de veinticuatro horas cada uno. Á este sentir se inclina el Dr. Reusch, aunque no del todo le abraza². Hablando con toda propiedad, la Sagrada Escritura no nos facilita más elementos que estos, á saber: tres días después de formado el sol; tres días sin la presencia del sol, y un tiempo antecedente al resplandor de la luz. Si de los tres postreros días puede conjeturarse que eran astronómicos, los tres primeros no es posible apear cómo fuesen, y mucho menos puede constarnos la grandeza del tiempo que medió entre la creación *in principio* y el centellear de la luz. En suma: la Escritura nos deja á obscuras en la determinación de los días; con que si los últimos han de ser solares, y los primeros no, ¿cuánta confusión!; y si ninguno solar, ¿qué conflicto y mortificación para el arbitrio de los adversarios!

No menos contraria á razón y á Escritura parece la otra opinión de los ingleses Buckland, Wiseman, Molloy y otros, que, ajustando la Biblia al

talle de su pretensión, imaginaron un cataclismo universal antes del Hexámeron, y en los seis días tornaban á edificar el mundo, criado al principio y aislado después. No llena á los modernos este sentir, por las graves dificultades que entraña. No es fácil creer que antes del primer día genesiáco poblaron el orbe todos los seres que ahora desenterramos del profundo suelo, y que, devastados montes y llanos, quedóse inánime y vacía la madre tierra. ¿Qué bienes sacara la infinita sabiduría de Dios de poblar, exterminar y repoblar la superficie antes que el hombre pereciese? ¿Qué linaje de parentesco tenía con la venida del hombre tamaña desolación? Mas, ¿en qué época acaeció este singular reparamiento del orbe? ¿Qué lindes separan el mundo gastado del mundo restaurado? Nada responden que desate el rigor de estas preguntas y los saque de los despeñaderos. El Dr. Molloy, teniendo acostumbrados los oídos á la flaqueza de razones en pro y al cúmulo de argumentos en contra, no hallándose suficiente para sustentar el acto, «acompañó, dice el abate Hamard, escritor insigne y lleno de copiosa doctrina, la opinión de Buckland con la hipótesis de los días periodos; hipótesis destinada, según creemos, á sobrevivir á todas las demás, como la única que hace rostro á todos los inconvenientes».

1 *Geol. et rével.*, nota 1.ª, p. 460.

